

ALBERTO CAPDEVIELLE

SIMBOLO DE LA NUEVA GENERACION VENEZOLANA

por Plácido Díez, S. J.

"Sólo encendido en vivas llamas serás apóstol que acerques a todos a Cristo. No podrás calentar sino al quemarte."

Así escribía el año pasado en un periódico colegial Alberto Capdevielle. Cursaba 5º Año en el Colegio San Ignacio de Caracas. Y hace muy poco, el 8 de marzo, 3 días antes de cumplir los 17 años, murió víctima de las llamas en un incendio del cerro de La Cruz, de Los Teques.

En la mañana del día de su muerte, cuando nada presagiaba el siniestro de la tarde, estampó en su diario: "Morir. Si el grano de trigo no muere, no lleva fruto. Si yo no muero tampoco daré fruto. Es necesario MORIR. Somos granos de trigo... Si muero... mi muerte será fecunda." Y ese mismo día, a las 10.15 p. m., murió en el Centro de Emergencia de Salas, en Caracas. Veinte minutos después le seguía Eugenio Batista, otro héroe que fue alcanzado por las llamas por salvar a Alberto.

Alberto Capdevielle, muchacho venezolano, modelo y símbolo de la nueva juventud venezolana. Muchacho de temple recio. Deportista como pocos. Amigo de todos. Estudiante magnífico. Alegre siempre. Sonriente a servicio de quien estuviera a su lado. Abrazado al sacrificio. Pureza intacta. Buen humor. No se quejaba. Amaba a Dios. Su lema: "Excelsior".

Hoy está fraguando en Venezuela una nueva juventud. Aborrece la situación actual y no pacta con el conformismo aburguesado. Busca la lucha, la superación del mal existente, de la injusticia, de la inmoralidad, de la indiferencia y del apoltronamiento. Esta juventud no se casa sino con la verdad, la justicia y el bien. En el altar de estos valores se sacrifica y lucha. Esta juventud tiene ya un símbolo nacido en esta nuestra "tierra del sol amada". Es Alberto Capdevielle.

ESPIRITU DE SERVICIO PLENO DE ALEGRÍA

El corazón que movió su vida fue el servicio al prójimo. Cristo había dicho: "Es mejor dar que recibir." Y Alberto se desvivió por darse. En las cosas pequeñas, propias de un muchacho. Pero con constancia. Esta magnífica preparación le impulsó a mejorarse, a superarse para poder ser más útil a los demás. Así se entrenó para la entrega suprema: la de su vida. Cuando Dios se la pidió, Alberto la entregó sonriente, alegre como siempre lo había hecho en su corta vida.

Esta actitud de servicio y entrega a los demás atraían hacia él todas las simpatías. Quienes lo trataban un poco se sentían ya sus amigos personales. Y como la entrega a otro significa la amistad, Alberto sentía la amistad profundamente. A su vuelta de un campamento en el Caroní escribía: "Días de amistad sincera, alegría sana y verdadera, compañerismo. Y mayor amistad y compenetración con Dios. Ese Dios que empezaba con nosotros el día en la Izada de Banderas. Prácticamente todo el día —con sus juegos, zapateros y trabajos— estaba impregnado de Dios. Y hemos regresado —yo creo que todos— más amigos entre nosotros y de El."

El servicio y la amistad florecieron en frutos de alegría. Y en medio de ella murió. Su íntimo amigo, Luis Delgado, que le acompañó hasta la entrada del quirófano, escribía cuatro días después, con las impresiones frescas todavía: "Cuando entré en la ambulancia volteé sus ojos sin pestañas y con una sonrisa me dijo: 'Luis, estoy contento.' Me lo decía con su cara toda quemada, con ampollas por todos lados... 'Estoy contento. Sufrir por Jesucristo.'" Estaba de verdad alegre en medio del sufrimiento que le producía el ochenta y pico por ciento del cuerpo quemado... En la ambulancia hablé con él por última vez. Nunca se me olvidará esa sonrisa de Alberto, mi mejor amigo. Me dijo: "Estoy contento."

A la hora de la muerte no se improvisan actitudes. Y Alberto no tuvo que inventar una alegría postiza mientras sentía todo el cuerpo abrasado. Sonreír alegremente en esos momentos trágicos es de héroes. Pero era la hora de la entrega suprema. Y la alegría, compañera siempre de sus pequeños actos de servicio, tomó ahora proporciones gigantescas. Durante su vida había sabido mirar las cosas por el lado alegre, humorista. En junio de 1963 comenzaba así una carta: "En vista de que no te dignabas contestarme, te mando esta para indagar sobre tu salud. A lo mejor lo que pasa es que te moriste. A ver si desmientes nuestras sospechas y das señales de vida." Y se despide: "Tu amigo que no te escribe más si no me contestas esta carta, Alberto." Pero su sentido del humor alcanzó alturas magníficas cuando, segundos después de abrasarse, Luis Delgado le preguntó mientras le arrancaba las ropas todavía prendidas: "¿Cómo te sientes, Alberto?" En tono de chiste contestó: "Quemado, ¿cómo va a ser?" Y se sonrió.

Alegría en el servicio y servicio en la alegría. Quizá pudiera resumirse así la vida de Alberto. Su actividad había sido un vehículo portador de esos valores. Describía así una excursión por la Sierra de Mérida, en que escalaron el Humboldt y la Concha: "Fueron unos

días magníficos. Cinco días a más de 4.000 metros de altura todo el tiempo, caminando y escalando ocho horas diarias y durmiendo en carpa todas las noches, con bastante nieve y poca comida, con 20 kilos a hombros. Así se forman hombres que puedan luego ser útiles, que aprendan a servir y sacrificarse por los demás." No fue para él el excursionismo una mera diversión, sino una ocasión de ayudar a los otros. Era proverbial. Cada vez que, al preparar los morrales, alguien preguntaba: "¿A quién le cabe este perol?, Alberto hacía un hueco para cargar con lo que fuese. Decían que su morral parecía de goma. A veces, en la escalada se echaba encima otro morral más; el de algún cansado. En el monte se prestaba lo mismo a buscar leña que a abrir camino por la maraña, a matar una serpiente venenosa o simplemente a fregar los platos. Vivía esta actitud de servicio a plena conciencia: "Hemos experimentado, escribía, la satisfacción que produce el sacrificio por los demás, el esfuerzo en trabajar no en beneficio propio, sino del grupo o patrulla. Aunque fuera por hacerlos reír en los fuegos de campamento." Siempre dispuesto a los servicios más arriesgados, murió en uno de ellos.

POR UNA CONTINUA SUPERACION

Alberto mantuvo viva la preocupación por superarse continuamente. En lo intelectual, en lo humano, en lo religioso. Sabía que su obligación primera, junto con la de ser santo, era ser buen estudiante. Y lo fue. Mejor, imposible. Todos los años obtuvo la Excelencia de su sección, es decir, la medalla otorgada al mejor alumno por su conducta y aprovechamiento. Citaré solamente sus premios de 5º Año. Obtuvo 7 medallas: Excelencia, Premio de Asistencia (no faltó a clase un sólo día), 3 primeros premios (Religión, Filosofía, Biología), un segundo premio (Química) y 4 accésits. Yo le di clase de Filosofía. Recuerdo sus exámenes perfectos: su comprensión, su memoria, su buena presentación. Creo que mantuvo un promedio de 20.

En el colegio encontró una organización que fue la raíz de donde brotó su espíritu de servicio y de ascensión: el CEL (Centro Excursionista Loyola). Se inscribió en primer año. En segundo hizo la Promesa: "Prometo por mi honor y con la gracia de Dios hacer cuanto de mí dependa para: Cumplir fielmente todas mis obligaciones para con Dios, la Iglesia y la Patria; Ayudar al prójimo en todas las circunstancias; Observar la ley del excursionista." Esta ley, tomada del reglamento Scout, iba a convertirse en el decálogo de los consejos de su juventud: "El excursionista es veraz, es leal, debe hacerse útil y ayudar a los demás sin pensar en recompensas, es amigo de todo el mundo y hermano de todo otro excursionista, es cortés y respeta las convicciones de los demás, es bueno con los animales y las plantas, obedece prontamente y no hace nada a medias, es limpio de alma y de cuerpo."

Más tarde escribirá: "Nunca pensé, cuando en primer año me inscribí en el CEL, que iba a significar tanto para mí, ni que le tomaría tanto afecto. El CEL es quizás una de las cosas del Colegio que me ha enseñado más, en la que he encontrado mejores amigos, y donde he encontrado prácticamente mi vocación." En cuarto año fue nombrado director y, junto con Luis Delgado, tomó parte muy directa en la redacción del reglamento y organización. Concibieron así los ob-

jetivos principales con que encabezaron el reglamento: "La educación del carácter, el desarrollo de un cuerpo sano y vigoroso, hacerse útil a los demás, acercarse más a Dios, fuente de todo bien." Alberto convirtió esta letra en espíritu que vivificó toda su actividad.

"Excelsior" (más alto) es el lema del CEL. Alberto lo hizo suyo. Inconscientemente él se proyectaba al escribir: "Es maravilloso el espíritu que se les nota (a los muchachos del CEL), en especial a un grupo, los del verdadero espíritu CELISTA, siempre con ansias de mejorar, de conquistar, con unos deseos inmensos de ir más alto, con toda su alma viven nuestro lema: Excelsior, en todo, en vida espiritual, en compañerismo, en generosidad." Y dos semanas antes de ingresar al noviciado escribe al P. Prieto, S. J.. "Esta mañana me lo dieron (el regalo). Es un crucifijo y por detrás dice: "A Alberto, de A. B. (Arturo Bencosme) y M. D. (Manolo Domínguez). Excelsior." Como te dije en la otra carta, esta palabra, el lema del CEL, es algo que ha calado mucho en mí... Encierra todo el sentido del CEL, de superación, de hacerse hombre útil a la Patria, a la Iglesia y a Dios. Encierra también el espíritu de la Congregación Mariana, que es, junto con el CEL, lo mejor que he encontrado en el Colegio y de lo que estoy más contento." Luis Delgado dirá de él: "Para mi vocación ha sido un ejemplo de Excelsior grandioso." Como coronamiento final pusieron sobre su féretro la pañoleta del CEL y una banda que rezaba: EXCELSIOR.

EN BUSCA DE DIOS

Este espíritu de superación, de servicio y de entrega a los demás lo llevó de la mano a la búsqueda de Dios para servirle y entregarse a él perfectamente. Se hizo Congregante Mariano. Todas las mañanas le veíamos venir al colegio, con su hermano Edgard, un poco antes de la hora para hacer la meditación. Comunión diaria. ¡Cuántas veces lo vi comulgar al terminar las clases los días que su curso no había tenido Misa! Rosario diario. Y por la noche un breve examen de conciencia. Sé que después de la Comunión rezaba la oración del excursionista: "Señor, enséñame a ser generoso, a servirte como mereces, a dar sin medida, a combatir sin miedo a que me hieran, a trabajar sin descanso y a no buscar más recompensa que saber que hago tu voluntad. Amén." Antes de acostarse rezaba esta oración a la Virgen: "Soy tuyo para siempre, Madre mía; y te doy mi corazón; pidiéndote la gracia de que nunca renuncie a este don; y si yo, en un momento de locura, lo llega a reclamar, dime que es tuyo para siempre y no lo quieras dar; mas si ciego insistiere en mi demanda, antes de devolverme el corazón arrancame la vida, Madre mía, pero nunca renuncies a este don."

Su oración, sencilla, como él mismo, lo ponía en contacto con Dios. Describía así la noche en que, lejos de las carpas, se perdieron en la Silla de Caracas: "Empezamos a bajar sin camino, corriendo por la selva, lloviendo, sin ver adónde íbamos. Pronto se hizo de noche y no cargábamos linterna, no teníamos con qué encender el fuego ni dónde dormir, y teníamos hambre (no habían comido nada desde el desayuno). Rezamos el rosario no sé cómo y ofrecimos todo por los Ejercicios Espirituales de los de 5º, que empeza-

ríamos el martes... No dormimos nada en toda la noche, temblando y muertos de hambre. Allí sí que pensé en Dios y lo sentí de verdad a mi lado."

Del campamento del Caroní, en el que actuó de jefe, escribía: "Una de las cosas que más me gustó fue la carpa de la capilla. Gracias a un permiso especial pudimos tener el Santísimo en una carpa, y en frente de ella pusimos una cruz con un letrero: "Dios acampa aquí." Esto le dio un toque especial al campamento. Es impresionante encontrarse al mismo Dios dentro de una carpa, al lado nuestro, oyendo nuestros gritos, nuestras risas, oyendo pasar a todos para formación. Y parecía estar siempre esperando a que nos acercáramos. ¡Cuánto nos ama! ¡El, tan grande y que quiere estar allí! ¡Y no sólo allí, sino dentro de nosotros! ¡Qué bueno es Dios! ¡Quiso acampar con los celistas en sus carpas!"

Este contacto profundo con Dios le dio fuerzas para algo que muy pocos mortales logran: mantenerse toda la vida sin cometer jamás un pecado mortal. Lo dijo su director espiritual en la oración fúnebre. Alberto le había autorizado para revelar sus secretos de conciencia. ¡Cuánta hombría, cuánto sacrificio y cuánta voluntad significa mantenerse puro e intacto en Caracas a un muchacho de la vitalidad y posibilidades de Alberto Capdevielle! ¡Quien diga que la castidad es imposible o nociva tendrá siempre el mentís irrefutable y el ejemplo luminoso y orientador en este muchacho magnífico que vivió una castidad alegre, que encontró precisamente en ella la posibilidad de salir de sí mismo para amar y servir a todos sus prójimos!

Dios lo había preparado. ¿Para qué? Para ser modelo de jóvenes. Alberto lo fue. Dios lo llamó a dar un paso más, la entrega total en el sacerdocio. Alberto, a la escucha, captó la llamada y respondió que sí, con un sí grande, sonriente, sencillo. Era la aplicación, en alta escala, del lema orientador: "Excelsior". "En la entrada al noviciado, escribía poco antes de ingresar, vamos más alto, más cerca de Dios." Esperaba con ansia ese día: "Ya nos estamos preparando para entrar al noviciado. Nos dieron ya la fecha (10 de septiembre), o sea que dentro de 20 días llegará la hora que me parecía que nunca iba a llegar." Y en la misma carta: "Recibimos las tarjetas de ordenación sacerdotal del P. Urquijo y del P. Acosta. Esas noticias sí que alegran y le quitan a uno cualquier flojera que le pueda dar por los largos años que nos esperan... Dentro de poco el ordenado serás tú (el P. Prieto) y dentro de unos "añitos" nosotros, si Dios quiere." El 10 de septiembre de 1963 entró en el Noviciado de la Compañía de Jesús, en Los Teques. Su labor: búsqueda de la intimidad con Jesucristo. Meses después, escribía: "¡Qué tronco de cosa son los Ejercicios!... Me he hecho amiguísimo del Señor. Y mientras más uno lo conoce, más se da cuenta de cómo se ha ido empeñando desde hace tiempo en ser amigo de nosotros. Esto le atrae a uno hacia El y le vamos hablando cada vez más con más familiaridad. Si a la vez que tenemos con El esta familiaridad nos damos cuenta de su grandeza, no queda más remedio que amarlo más y más y desear entregarse más a El, que ha querido fijarse en nosotros. Con un amigo así, ¿quién no va a estar contento? Prados verdes. Mon-

tañas escabrosas. Cielos azules. Cielos nublados. Lluvias relampagueantes. ¡Qué importan estas cosas si estamos con El! Sólo después del mes de Ejercicios se comprende la grandeza de la vocación, con todo el amor que esto significa de Dios para nosotros."

HACIA EL HOLOCAUSTO SUPREMO

En el Noviciado el tiempo discurría tranquilamente. Formación ascética. Formación humana. Alberto maduraba su alma para el cielo. El no sabía que iría tan pronto. Pero el Señor daba sus últimas pinceladas en esta obra maestra.

Pero ya es hora de dedicar unas líneas a Eugenio Batista, que entregó su vida heroicamente en un esfuerzo por salvar a la de Alberto. Hacía en este mismo edificio del Instituto Pignatelli su cuarto año de jesuita. Había nacido en La Habana el 2 de noviembre de 1942. Vivió allí hasta los diecisiete años. Ejemplo de estudiantes en el Colegio de Belén. Presidente de la Congregación Mariana. Magnífico en virtud, había mantenido intacta la gracia bautismal gracias a su profunda vida espiritual que daba aliento y dirección a una poderosa voluntad. En agosto de 1960 salió de Cuba e ingresó en el Noviciado de Los Teques. Allí le conocí y le di clase diariamente durante sus dos primeros años. Su energía en el estudio y en la virtud eran admirables. Sus cuatro años en el Instituto Pignatelli fueron años de ascensión en el camino de la santidad hasta cuajar definitivamente para el cielo.

8 de marzo, domingo aciago. A las tres de la tarde el cerro que había ardido parcialmente en las semanas anteriores se incendia de nuevo. Los jóvenes jesuitas y sus profesores acuden a apagarlo. Alberto y Eugenio quedan separados del grupo. De repente el viento cambia de dirección y arremete violentamente contra ellos. Eugenio acude en ayuda de Alberto. Las llamas hacen presa de ambos. Diez segundos bastan para abrasarlos completamente. Corren a ayudarles. Improvisan unas camillas. Los bajan. Ellos descienden sonrientes. Ofrecen sus dolores por Jesús, por los pecadores, por las vocaciones. Les hacen unas primeras curas en el Policlínico de Los Teques. Quieren aplicarles morfina para calmarles el dolor. (Dicen los médicos que tales dolores son horriblos.) Alberto y Eugenio se niegan. Quieren sufrirlo todo por Jesucristo. Pero el P. Madariaga (Rector del Instituto Pignatelli) se lo manda y ellos obedecen. La morfina no surte gran efecto. Los llevan a Caracas. En la ambulancia les administran la Extrema Unción. Y ellos siempre sonrientes, siempre contentos. Era la entrega suprema. Generosos hasta el fin, hasta darlo todo, muertos por un servicio a la comunidad. Mayor holocausto, imposible. Habían madurado definitivamente para el cielo y Dios se los llevó para sí.

Así culminan las vidas de Alberto Capdevielle y Eugenio Batista, símbolos de la nueva juventud de Cuba y Venezuela, ejemplo magnífico para todos los jóvenes que desean superarse, servir a los demás, desarraigarse el mal, la injusticia y el vicio y construir una nueva sociedad, con un nuevo orden, donde todos seamos más hermanos, más amigos, donde haya alegría, amor y servicio para todos, en una sociedad mejor en cuyo centro habite Dios.